

TORRE

Glifosato para 'ambientar'

Mientras llueva este veneno, al Gobierno le caerán todas las ONG relacionadas con la protección de la naturaleza.

Podría pensarse en principio que el Gobierno es coherente cuando nombra a Sandra Suárez como nueva titular del Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial. Si la meta es que este año no quede un solo arbusto de coca en el Putumayo, se entiende que al Ejecutivo le importe una higa haber designado en esta cartera a una persona supongo que muy competente en el manejo de todo lo relacionado con los llamados cultivos ilícitos en el marco del famoso Plan Colombia.

Con Sandra Suárez al frente del Ministerio del Medio Ambiente y demás arandelas que le han puesto, todo podrá ocurrir menos el hecho de considerar que existe oficialmente una conciencia ambiental. Al contrario. Esta Administración para nada cree en las bondades de la legalización de la droga, pregonadas por economistas como Milton Friedman. Por si fuera poco, se ha insistido en que el Gobierno volverá a presentar un proyecto de ley destinado a prohibir y condenar el porte de la dosis mínima de droga, al juzgar que eso —al igual que no erradicar con venenos mortales los cultivos de droga— no es otra cosa que hacerles el juego a los narcotraficantes.

En ello, la lucha a favor de dicha legalización queda por lo pronto congelada. Lo grave obviamente no es que el glifosato acabe los cultivos de droga, sino que arruine la capa vegetal en que se siembran sus matas. Terrible además que —aparte de la absoluta dependencia de los Estados Unidos frente al tema— sean muchos los cultivos alternativos que han sido víctimas de este tóxico, según testimonios de los afectados ante las autoridades, comenzando por el municipio de Puerto de Guzmán, en el Putumayo.

Decía alguna vez que a los áuli-

cos del Plan Colombia poco les importa que fumi-guen hasta la cachamas, como ya sucedió en La Garra (Tibú), al igual que tampoco les incumben los daños que sufren los cultivos de maíz, yuca y plátano. Son quejas que provienen de la Asociación de Pimenteros, lo mismo que de ciertos cultivadores de palma africana.

Pero lo más triste es el caso de los palmitos. Este producto forma parte del corazón del chontaduro, pese a que algunos lo clasifican dentro del género de las verduras. Aunque antes se importaban del Brasil, lo que se sabe es que en varias zonas del Putumayo empezaron a sembrarse con gran entusiasmo y su expansión fue haciéndose notoria y comercialmente provechosa. Hasta el punto de que los palmitos colombianos son hoy más tiernos que los brasileños, sin renegar de estos. ¡Pregúntenle si no a Harry Sasson, cuando los ofrece frescos en su restaurante!

Mas este efectivo experimento no durará mucho, pues fumigaciones aéreas indiscriminadas están recayendo sobre sus cultivos, hasta el grado ya alarmante de que varios corresponsales extranjeros se han desplazado a Mocoa, Puerto Asís y pueblos aledaños para comprobar con sus propios ojos semejante espectáculo de arrasamiento, que habla muy mal del "buen" glifosato.

No es extraño que en un Gobierno en el que el Ministro de la Política y de la Justicia era hasta ayer vocero ilustre de los comerciantes, o en el que el titular de la cartera de Salud (hoy de Protección Social) es todo menos médico, el funcionario encargado de velar



D'ARTAGNAN

por que la naturaleza sea patrimonio de todos no resulte propiamente un ecologista. Y es por esta razón por la que no solo Colombia pone en riesgo sus acuerdos de cooperación internacional relacionados con el medio ambiente, sino que sin duda se vendrán en contra aquellas ONG —las más fuertes, por cierto— con sus ojos siempre encima en relación con lo que constituye la gestión ambiental de un país. Organizaciones muy vinculadas con los derechos humanos de tantos afectados, ante la realidad de que aquí la menguada riqueza de nuestra diversidad biológica nos importa un comino.

Tienen, pues, motivos de sobra para estar molestos ex funcionarios tan allegados a los problemas ambientales, comenzando por Manuel Rodríguez Becerra, quien, junto con el entonces presidente Gaviria, fue el padre del 'revolcón' ecológico en Colombia. Labor que por fortuna no dejaron politizar —ni mucho menos contaminar— cuatrienios siguientes, con sucesores como Verano de la Rosa, 'Pepino' Mogollón y Ernesto Gühl (verdadero experto en la materia). Lo mismo que Juan Mayr durante los cuatro años de Pastrana.

Si a ese justificado malestar se suma el hecho de que las relaciones del Gobierno Uribe con las ONG han sido, en términos generales, bastante 'perras', ignoro si Sandra Suárez sabe mucho de vivienda social y desarrollo territorial. Ojalá. Pero en cuanto hace a su conciencia ambiental —con un Ministerio creado por una ley que estableció 34 corporaciones regionales, para cantarles la tabla a los asesinos de nuestros suelos, ríos y mares— el Presidente se 'pifió'. ¿Y?